



GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



# GEDEÓN

DIPUTADO Á CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO  
SE PUBLICA LOS JUEVES  
DIEZ CÉNTIMOS el número  
ADMINISTRACIÓN  
Costanilla de los Angeles, 1  
TELÉFONO 1.125

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6 »
Provincias y Portugal, trimestre..	2 »
Año.....	8 »
Número atrasado.....	0,25 »
25 ejemplares.....	1,50 »

AÑO II.

Madrid 18 de Junio de 1896.

NÚM. 32.

## EL TERROR AMARILLO

(PARODIA DEL CUADRO DEL EMPERADOR GUILLERMO... SIN RANCÉS)



Lit. Jesús del Valle, 36.

GEDEÓN.—Señores, á defenderse:  
mano al sable y ojo al Cristo.  
Si á ese chino toleramos,  
quedaremos como chinos.

LOS JUEVES DE GEDEÓN

—Ya estoy cansado de charlar en prosa.  
Y hoy, amigo Calinez, hablo en verso;  
Grilo me dió su coruscante lira.

—Te mandará la cuenta, te lo advierto.  
—¡Caramba! pues tienes razón; suelto la lira a toda prisa, y a la prosa vil me vuelvo. Después de todo, para hablar de las batallas reñidas días pasados en la Cámara baja, basta y sobra la prosa vil, y cuanto más vil mejor. ¿Has visto, Calinez, injusticia semejante? No querían admitirle.

—¿A quién, a Grilo? No me chocea; ya no pasan los poetas cordobeses, los duros sevillanos, ni las pesetas filipinas.

—No se trata de poetas, ni de monedas, sino de concejales procesados.

—Pues esos pasan siempre, ya sabes el cantar:

Pasan al Congreso  
muchos concejales.

—Perdóname, Calinez, pero el cantar á que tú te refieres, dice así:

Pasan por el puente  
muchos matuteros,  
unos con jamones  
y otros con procesos.

—No, dispensa, Gedeón; la copla concluye de este modo:

Y los del resguardo  
son Bosch y Romero.

—¡Pero qué poetas estamos, Calinez! ¿Cómo se nos conoce la proximidad de la lira de Grilo! Di, ¿tú crees formalmente que me mandará la cuenta, ó que enviará al Congreso un suplicatorio para que me procesen por haberla *tañido*?

—Es posible, Gedeón, que adopte este último procedimiento; y en ese caso, ¿cómo vas á defenderte ante tus colegas los representantes del país?

—Muy sencillo: les contaré la historia de mi vida.

—¿Pero eso basta?

—Y sobra; verás de qué modo:

Señores diputados: empiezo reconociendo lo difícil de mi situación. Se me acusa de haber *tañido* la lira de Grilo sin su consentimiento; no soy, sin embargo, el feroz anarquista que colocó la bomba en Barcelona, pero nací en modestísima cuna; mi padre era barbero (impresión en la mayoría). Las vi pelar, por consiguiente, antes de que mis barbas pudieran ponerse en remojo, y esta circunstancia me impidió cumplir el mandato categórico de aquel refrán que dice: «cuando las barbas de Núñez veas pelar, pon las de Gálvez á remojar». Yo las hubiera puesto, pero no las tenía; perdonadme, señores de la mayoría, tampoco vosotros las teneis aún. Por algo ha dicho uno de nuestros más respetados hombres públicos: «estas Cortes no son las de San Antón sino las de la Purísima.»

—Consiente que te interrumpa, amigo mio. Eso de que las Cortes actuales no son las de San Antón está perfectísimamente dicho, para que no se vayan á creer los yankees que en nuestras Cámaras, como en las suyas entra todo; el santo y el acompañamiento. Ahora sigue la historia de tu vida.

—Mis primeros años fueron muy rudos; me destetaron. Después crecí, como crecemos todos, con algún trabajo; éste fué el primero de mi laboriosa existencia. No crecí tanto como Luis Felipe Aguilera, por un punto, y aunque puedo pasar por buen mozo, no alcanzo, sin embargo, la altura de hombre de tanta talla. Durante mi juventud, señores, ¡qué apuros y qué afanes, qué tragos tan amargos!

—Bebias cerveza de Santa Bárbara.

—¿Por qué de Santa Bárbara?

—Porque es la que más truena, y según parece, tú andabas muy tronado; ¿no te has propuesto conmovernos?

—Ciertamente; andaba tan tronado, ¿como quién diré yo?

—Como uno que sea muy sabio ó beba mucha cerveza.

—Pues bien, andaba tan tronado como Menéndez y Pelayo; ¿te parece bastante sabiduría?

—Bastante; sigue.

—El producto de mi incesante trabajo llegaba apenas para mi sustento; todo mi afán era encontrar medios de vida, empleos retribuidos, lo que busca el hombre que tiene que atender á los múltiples necesidades de la existencia, y entonces tuve una idea luminosa.

—Díla.

—Pensé salir concejal, cargo que, como no ignoráis vosotros, señores de la mayoría, es un cargo completa y absolutamente gratuito. ¡Conmóveos! (se conmueven), aplaudidme (aplauden); ¡llorad! (lloran). Cánovas tuerce los ojos en llanto, Romero exclama: ¡aquí hay un corazón! (Elconde de la Corzana me mira con asombro. Sagasta se rasca la barba de la izquierda sin tocar á Canalejas. Silvela, confundido, finge que se le cae un Dato dentro del Pozo-Rubio.) Yo continúo: Un cargo gratuito, señores, tan gratuito como todos los que después se me han dirigido, ¿pues de qué se me acusa? ¿de *tañer* subrepticamente la lira de Grilo? ¿no es eso? ¡y qué! ¿por ventura no puedo yo tener mis ideales? (Explosión de entusiasmo en la mayoría. Romero Robledo me abraza, y mirando á Silvela con benévola indiferen-

cia, dice: «¡Todos tenemos los mismos!» Se oyen gritos de ¡a votar! ¡a votar!, y uno exclama: «¡Que sea por bolas!» Cánovas se alza airado, y dice: «¡Nos ha contado la historia de su vida y aun pedis más bolas! ¡Sois implacables!» En fin, Calinez, que se verifica el escrutinio y resulta que los cien mil hijos de San Luis están á mi favor, y á consecuencia de esto hay palos y se levanta Pidal.

—Querrás decir que se levanta la sesión.

—No, digo que se levanta Pidal.

—Bueno, es lo mismo; cuando se levanta Pidal se levanta la sesión.

—No, hombre; Pidal se levantó con motivo de los palos.

—Mira qué cosa más rara. Antes los palos levantaban ronchas, y ahora presidentes. ¿Y de dónde se levantó el hombre de la Summa?

—Del lecho del dolor.

—¡Ah, estaba enfermo! Pues ¿qué tenía?

—La campanilla inflamada.

—Naturalmente. Romero no se la deja en paz.

—No, fué por culpa de la señora Pardo Bazán.

—Caramba, explicame eso.

—Muy sencillo. Una tarde fué la señora Pardo Bazán al salón de conferencias... ¿Por qué tuerces el gesto?

—Porque entre tantos grandes tribunos parecería una gran tribuna.

—El Sr. Pidal, á fuer de hombre galante, la hizo los honores de la casa, la enseñó los escritorios, el *buffet*, las salas de sesiones, el despacho de Ministros, con D. Aureliano dentro; le presentó el Mayor del Congreso; en fin, cumplió con ella como quien es. Pero con tantas idas y venidas por los pasillos y dependencias de la Cámara, se le enfrió la Summa. Aquella noche ya se sintió mal, y al despertarse por la mañana quiso gritar: «¡Escolástico!» (el criado de Pidal se llama, naturalmente, Escolástico), y no pudo. Tenía la campanilla como una remolacha.

—Malo, malo; Romero Robledo la cultiva desde hace mucho tiempo.

—Afortunadamente ya se encuentra mejor y hay presidente para rato.

—Grandemente me alegra esa noticia, Gedeón, porque hay muchas personas que me han dicho: Calinez, si usted fuese orador y tomista se parecería á Pidal, como Perrín á Palacios.

—Otra buena noticia tengo que darte:

—¿Dámela.

—Ya se ha arreglado lo de los generales; el obispo de Sión ha conseguido conmovrle.

—Les habrá también contado la historia de su vida. ¿De modo que harán las paces en la Cámara?

—No, en la antecámara.

—¿Y jurarán por Cristo no volver á las andadas?

—Por Cristo ó por Crista, eso es lo de menos; el caso es que ya está todo arreglado.

—¿De modo que ya sólo nos falta arreglar en España lo de los auxilios á las compañías de ferrocarriles?

—Así parece.

—Pues eso, Gedeón, lo arregla enseguida el ministro de Fomento.

—¿De qué manera?

—Autorizando el aumento en los trenes de los reservados de señoras.

—Tienes razón, ¡qué negocio!

LOS INMORTALES DE GEDEÓN

EPIGRAMAS DE BALTASAR DEL ALCÁZAR

Muy bellos ojos Linares tiene, pero al parecer se inclina el mundo á creer más bellos los de Mouares.

Haz que te preste los suyos Linares, y anda con ellos, que no es bien que ojos tan bellos se diga que no son tuyos.

Cierra el pico, Romanones, porque de no estar cerrado no te encuentres malogrado con tus buenas intenciones.

Pero si no tienes gana de cerrar y de callarte, debes querer malograrte lo mismo que Cabriñana.

Oyeme, así Dios te guarde: pues quiero, Piave, contar un cuento bien de gustar que me sucedió esta tarde.

Has de saber que un francés pasó vendiendo calderas, líneas ferrocarrileras y otros chismes de interés.

Reverter, desde le vido... Escúchame con reposo, que es el cuento más donoso de cuantos habrás oído.

Díjole:—Amigo, á contento ¿remendamos la caldera?..

—No me escueñas, Piave? Espera, que á Bauer voy con el cuento.

Hay dos puertas de granito del Congreso en la fachada: en una un hoyo á la entrada, en otra, colgado un pito.

Esto es avisar que cuando viniera alguien que yo entiendo, si ha de entrar, entre cayendo; si no cayendo, pitando.

Tu nariz, Sánchez de Toca, ya vemos visiblemente que parte desde la frente y se aparta de la boca. Mas, puesto que no haya quien logre adivinar su fin, hay quien sobre ella ve bien cabalgar á Morlesin.

Frente el Retiro, do baña sus macacos D. Antonio, dando claro testimonio de la frescura de España, vive la niña graciosa, la del dorado cabello. Pero á mi ¿qué me va en ello? Maldita de Bosch la cosa.

Contáronme ayer de Lema, un caso bien de reir: quírotelo, Inés, decir, que en verdad es cosa extrema. Has de saber que tenía el muy pillín del marqués... No puedo de risa, Inés: lo diré cuando me ría.

LOS DIOSES SE VAN

Ellos nada dicen, pero no dude el lector de que se van, y si ya no se han ido no es por falta de ganas.

De no abrigar ese pensamiento, ¡irían por la calle con el mismo orgulloso semblante de quien está arreglando el mundo!

Lo arreglan, ¡vaya si lo arreglan! y si ellos no, los respectivos ayudas de cámara se encargan de eso, con la burla en el entrecejo y la risa en los labios, pues ya es sabido que en España no hay grande hombre para su ayuda de cámara, ni para Gedeón tampoco, aunque no sea ayuda de cámara de nadie.

¡Y no es porque las Cámaras dejen de necesitar ayuda!

Los dioses se van, lo mismo los del Olimpo fusio-nista que los del empireo conservador; lo mismo los que se esconden tras la nebulosa silvelista como el dios con un par de pistolas—divisa del carlismo—y los lares, manes y penates de los partidos republicanos, donde cada cual tiene su alma en su almarío y su dios en su casa.

El balneario les reclama, el campo les seduce, la resaca del mar tira de ellos, y más vale que se decidan de una vez y anticipen el viaje, porque es mala cosa vivir nerviosos y azorados, con el cuerpo aquí y el alma, *verbi gratia*, en los cerros de Ubeda, cuyos sanos y frescos aires piensan tomar durante el estio muchos de nuestros personajes políticos, exceptuando, naturalmente, los que poseen fincas de recreo en los alrededores de Belén ó tienen sus posesiones en Babia.

Hay que salir de Madrid á toda costa... ó á todo balneario, para quien el mar no le convenga.

—Yo no sé á donde iré—dice D. Antonio—pero necesito desde luego quitar los hilos telefónicos de la Huerta y llevármelos á mi residencia de verano.

—¡Caramba!—exclama Morlesin haciendo fuerza encima de un cofre—el caso es que Lema, el encargado de eso, está ahora en Buda Pesth; fatal ocurrencia la de enviarlo para Buda.

—¿Ya ves! de todas maneras iba para Confucio.

—¡Ah! y diga usted, D. Antonio: antes de que se vaya tiene usted que dejarme sus instrucciones.

—¡Ambicioso! ¿Quieres más instrucción y eres consejero de Instrucción pública?

—Me refiero á la conducta política, porque figure-se usted que vienen con un vejigatorio.

—¿Cómo?

—Con un suplicatorio he querido decir.

—Mira, déjame de cosas de botica; lo que quiero arreglar es lo de los hilos.

Y D. Antonio, como Augusto en una noche infausta, comenzó á dar voces diciendo:

—¡Lema! ¡Lema! ¡Devuélveme mis comunicaciones!

—¡Por Dios, D. Antonio, no se irrite usted; espérese á que el otro vuelva de Buda!

—¿Qué de Buda? Que vuelva aunque sea de paria.

—Yo le prometo á usted que en cuanto venga Lema será el de siempre; enseguida se pondrá á quitarle á usted los hilos.

—Y tú, Morlesin, ¿no servirías para eso?

—No señor; me excita mucho la electricidad; enseguida me pongo á estirar las piernas y los brazos.

—Pues tú no eres rana.

—Claro es que no lo soy, ni mi hermano tampoco. Mientras esto ocurre en el palacio de la Castellana, nótese también los síntomas premonitorios de viaje en el domicilio del jefe de los liberales.

—¿Hacia dónde echa usted el cuerpo, D. Praxedes?—pregunta Pablo Cruz.

—Estoy dudando entre Fitero y León; Fitero me probó muy bien.

—Pero León nos conviene á todos; tendrá más miedo Cánovas.

—Bueno, ¿y la plancha, Pablito? ¿Qué haremos con la plancha?

—Dejarla en el cuarto de la plancha.  
 —¿No se apollará? Toma, tráete veinte céntimos de alcanfor.  
 —Mire usted; lo mejor sería que se la llevara usted consigo.  
 —¿Con Sigo? ¿quién es Sigo? ¿algún autonomista?  
 —Quiero oír que debe usted llevarla á mano, en las correas, por ejemplo, para que se piquen todos los comités provinciales del camino y le hagan á usted el mismo regalo.  
 —Es verdad; ¿quién sabe si con eso volvería á Madrid hecho un Presidente?  
 —Eso es; ó hecho un acorazado de primera clase.  
 —El caso es que siento marcharme de Madrid sin poner al Gobierno en un aprieto.  
 —¿Aprieto más, D. Práxedes?  
 —¿Tú qué has de apretar?  
 —El lío de las mantas.  
 —¡Ah! no es ese lío el que trato yo de apretar ahora.  
 —Diga usted, D. Práxedes; ¿Y las llaves de la maleta grande? No las encuentro.  
 —¿A ver si las he perdido? Mira en la chaveta.  
 —No la encuentro tampoco.  
 —¿A ver si he perdido también la chaveta!  
 Esta confusión eminentemente sagastina y progresista del antiguo régimen contrasta con el orden y el sentido jurídico que se advierten en los preparativos del Sr. Silvela.  
 —¿Cuántos bultos, tío?—pregunta un silvelista de la familia.  
 —Pocos, muy pocos; selección, mucha selección; ¿no lo sabes?  
 —Bueno, perc el mundo...  
 —Deja el mundo; mi partido es honrado, limpio, sin tacha, y el mundo...  
 —¿Qué?  
 —Es un enemigo del alma y tiene que ser víctima de la selección.  
 —¿Qué maleta quiere usted?  
 —Ninguna, en mi partido no hay maletas.  
 —Entonces la cartera de viaje...  
 —Tampoco; la cartera de disección; pídesela á Cortezo y añade el bisturi de la sana crítica.

DE OJEO

Ya habrán sabido ustedes que el amigo Balsa de la Vega se marchó *¡á Berlín!* no á conquistarla precisamente, aun cuando si *á luchar*, si hemos de creerle.  
 ¡Nos figuramos cómo se habrá puesto de andar en berlina!  
 ¡Lástima es que sea él propio el narrador de sus descomunales empresas! Porque como es hombre modesto, apenas si se atreve á confesar con la mayor timidez que *logró la concesión* de dos medallas de oro para los artistas españoles.  
 ¡Pobrecillos! ¿Qué hubiera sido de ellos si no llega á estar el providencial Balsa en el Jurado?  
 Porque así como así, para la costumbre que tienen nuestros pintores de que los premien por ahí...  
 Lo único que nos parece algún tanto reprochable son los medios de que se valió el *nervioso* (según él dice) crítico de artes (según él dice también), para conseguir tan brillante victoria, pues confiesa que lo hizo «unas veces estropeando el idioma del Dante y otras el de Racine.»  
 Pero señor, ¿qué tendrá este hombre en la lengua? Aquí, en casa, estropea el idioma de Cervantes; sale á las afueras y no se contenta con menos que estropear otro par de idiomas que ningún daño le han hecho, á no ser que se le hayan indigestado.  
 Ahora, lo sensible es la vuelta. No queremos ni pensar cómo vá á volver de Berlín ese hombre!  
 ¿No le sería lo mismo quedarse?

Alguien que no quiere bien á GEDEÓN, ha hecho correr por ahí la especie de que, contra lo anunciado en la cabecera del periódico, éste no es el de menos circulación de España. GEDEÓN ha consultado el caso con la imprenta, y aun cuando la tirada no se hace en máquina rotativa, ni se usan contadores de especie alguna, ha tenido el disgusto de ver que, en efecto, semejante imputación es cierta.

Hay varios periódicos, no muchos, que circulan menos todavía.

Como esto contrariaba todos los planes y propósitos de nuestro ilustre amigo, dióse éste á discurrir procedimientos y arbitrios de todo género para recobrar el primer lugar en el *record* de la menor circulación posible.

Pensó encargarle unos articulitos al Sr. Becerro de Bengoa, pero éste ilustre publicista se niega á prestar su colaboración á un diputado de la mayoría triunfante, de esa mayoría que le dejó al propio Becerro sin distrito.

Habia logrado arrebatarse á *Madrid Cómic* la preciosa y asidua colaboración del *Ciego de Buenavista*, y ya se regocijaba GEDEÓN con la perspectiva de que se reduciría notablemente el número de sus lectores, en cuanto atisbasen la firma del Sr. Bustillo en estas columnas; pero tampoco este buen deseo le pudo llevarlo á cabo, porque, según parece, el señor D. Eduardo se propone colgar la peña por algún tiempo, á imitación del Sr. Sepúlveda.

GEDEÓN tiene, pues, que confesar su derrota. La

*Ilustración Española y Americana*, con previsión que le honra, y como se ha propuesto *batir el record* á GEDEÓN ó conseguir el menor número posible de lectores, cuenta, para las ausencias del Sr. Bustillo, con la activa colaboración de los Sres. D. Julián Manuel de Sabiendo, digo de Sabando (¿qué se puede esperar de un hombre que escribe mal hasta *sus propios gerundios?*), el Conde de Coello y D. Vicente Barrrantes.

El cual comienza así un artículo titulado *El joyel de Nuestra Señora de Guadalupe*:

«Espuela á nuestras aficiones bibliográficas nuestra obligación de cronista de Extremadura, han traído á nuestras manos de consuno multitud de peregrinos documentos...»

Después de leer ese parrafito de un académico, á nadie le extrañará que cualquier día salga otro diciendo: «Estribo á nuestra erudición...» ó «Herradura á nuestra perspicacia...»

Válganos Dios; ¿cómo se arreglarán los académicos para que les resulten siempre estas imágenes de caballería?

En cierto *meeting* republicano se le ocurrió el otro día al Sr. Carvajal comparar á Ruiz Zorrilla con Jesucristo. Como se vé, retórica ingeniosa y oportuna.

Y él ¿con quién se comparó?  
 Con Cirineo no sería.

Porque el Sr. Carvajal no ayudó á llevar la cruz á nadie.  
 Y además, porque Cirineo marchaba detrás y el Sr. Carvajal prefiere ir siempre delante.

Precauciones aquí:  
 «La policía ha detenido en Madrid un conocido anarquista que se «pellida Elegido.»  
 Sí; lo de siempre.  
 Serán muchos los llamados, pero pocos los Elegidos.

++++ y armas al hombro

Dice un colega:  
 «Durante los meses de estío se celebrará en Spa una exposición muy original, la exposición de muñecas.»

¿De muñecas?  
 Pues será el disloque.

El ciclismo se ha convertido en una institución parlamentaria.

Ayer se constituyó el Congreso, y con el entusiasmo propio de sus años juveniles, los diputados de la mayoría exclamaban alborozados:

«¡Ya somos todos compañeros de pidal!»  
 Deseáramos que los conservadores organicen pronto su primera gira parlamentaria.  
 Al Pardo.

*El Imparcial* publica algunos datos curiosos de la vida íntima del conde Tolstoi.

¡Y ¡oh sorpresa! coinciden, respecto de muchos puntos, con los que la indiscreta gaceta nos ha revelado acerca de la vida del Sr. Cánovas.

El conde Tolstoi vive en una casa de campo, casi como D. Antonio.

Tolstoi es *vegetariano* y D. Antonio cultiva las berzas, las coles y los rábanos de su Huerta. Su afición á las primeras ya es antigua: data de cuando era D. Antonio el bardo de la joven Elisa.

En cuanto á las coles, sabido es que D. Antonio tiene gana de ellas constantemente.

Y de los rábanos, prefiere las hojas que galantemente le presenta Morlesin.

Tolstoi no fuma; el Presidente del Consejo tampoco, porque tiene bastante con los humos que Dios le ha dado, para que vaya á buscarlos por fuera.

Tolstoi no prueba el vino, y D. Antonio ya, ni el vino ni el Gá-bino Bugalla.

A Tolstoi le gustaba montar en bicicleta, pero se lo han prohibido; á nuestro Amo tampoco le permiten que monte.

La salud del novelista ruso se ha resentido mucho desde que padeció la *influenza*; tampoco el estadista español se encuentra bien desde que ha sufrido la *influenza* de Bosch.

Tolstoi menosprecia á Ibsen y admira á Victor Hugo. En eso D. Antonio le saca ventaja, porque los menosprecia á entrambos.

Por último, Tolstoi *ha renunciado* á leer *Roma*, y Cánovas renunció á ir ralla, porque no quiere descender hasta ser él *romero*.

La señora Pardo Bazán estuvo hace unos días en el Salón de conferencias del Congreso, siendo sumamente agasajada.

Parece que la eximia escritora está escribiendo una novela de costumbres políticas, y no quiere que le suceda con los diputados lo que con las guardiñas. A ese fin, se propone estudiarlas por dentro, y aun cuando no era costumbre, tratándose de señoras, la Mesa, galantemente, le ha dado un pase

En un artículo dedicado á resolver la cuestión de las compañías ferroviarias, leemos que lo mejor es conceder á las compañías el exceso de productos brutos y *descargarlo* de los grandes sueldos que hoy se pagan á administradores y consejeros.

GEDEÓN sabe poco de esas cosas, pero cree vislumbrar que de lo que se trata es de descargar á alguien.

Bueno, que lo hagan; pero, por Dios, que no se descargue el señor Rodríguez San Pedro.

Por averías en la máquina, tuvo que detenerse un tren gallego en el paso á nivel de la Casa de Campo, y pedir auxilios á Madrid y Pozuelo.

¡Ya hasta los trenes piden auxilios!  
 No se puede andar en malas compañías.

Ha cesado en el cargo de gobernador de Valladolid el señor barón de Alcahalí.

Ya presagiáramos hace tiempo que al fin y al cabo había de evaporarse un gobernador de índole esencialmente *volátil*.

Pero al menos, como se trataba de todo un señor barón, le ha guardado el Gobierno las mayores consideraciones.

Y no le ha echado la zancadilla, sino la zancada.

Dice un colega, relatando la última sesión del Congreso:

«Los diputados, incluso los que son militares, asisten, en su inmensa mayoría, de frac.»

¿De frac? ¿qué fraques se verían, santo Dios!  
 Trabajo le mando á la Comisión de corrección de estilo.

Y añade el colega:  
 «Se ve alguna que otra levita, un uniforme y una chaqueta.»

Digamos con Ponson du Terrail:  
 ¿De quién era aquel uniforme?  
 ¿De quién era aquella chaqueta?  
 ¿De quién? Sigamos leyendo:

«El Sr. Gálvez Holguin obtuvo [un voto para la presidencia, otro para vicepresidente y otro para secretario.]»

Ya sabemos, por consiguiente, de quien era aquella chaqueta.

Del que votó á Gálvez Holguin.  
 Porque lo que es el del uniforme no sería.

Y á propósito, Piave, ¿por qué te extraña que el diputado por Castuera haya obtenido esos votos?

—Porque, en efecto, es muy extraño.  
 —¿Qué ha de ser? Lo más granado y conspicuo del Congreso estaba decidido días hace á votarle.

—¿A votarle?  
 —¡Vaya! ¡Y con b alta!

Véase en qué forma el Sr. Pidal confirió órdenes menores á los diputados cueros:

«El orden, señores diputados, será lo que yo representaré aquí y lo que representareis vosotros; porque de no ser así, el edificio se derrumbaría con gran estrépito.»

Ya lo saben los niños de la mayoría.  
 O se están quietos ó se hunde la casa.

Pero, ¿á qué orden se refiere el Sr. Presidente?  
 ¿Al orden público?  
 ¿Al orden sacerdotal?  
 ¿Al orden jónico de la fachada?  
 (La campanilla llamándome al orden.)  
 ¡Tilin! ¡tilin!  
 (Yo mirando con temor al techo!)  
 ¡A la orden, Sr. Presidente!

Se ha concedido autorización al marqués de Vistabella para que pueda designar quién le suceda en el título.

¡Vistabella... Vistabella!...  
 ¿Qué le parece á usted, simpática lectora?  
 ¿Lema? ¿Linares Rivas? ¿Don Segis?  
 Hay un *elijan*.

Dice un colega:  
 «Esta tarde hemos oído decir que una aplaudida triple tel género chico ingresará en breve en un convento.»

Es un rasgo de modestia.  
 Porque ninguna de ellas debía haber salido del coro.

El Gobierno ha encontrado una solución al problema de los generales.

Dar al general Martínez Campos un alto cargo fuera de Madrid.

Y al general Borrero (por qué no ha de dársele otro alto cargo?)  
 El Gobierno puede justificar ambos nombramientos, diciendo *bervi gratia*:

«En vista de que los dos generales se han subido á la parrá, hemos acordado utilizar en ella sus servicios, nombrando al uno pámpano y al otro archipámpano.»

(No confundirla con la de enfrente)  
(Continuación.)

**AMILÁCEO.**—Como escritor, el Sr. Pérez Nieva. Como político, el Sr. Gullón, aunque éste más bien es mucilaginoso.

**AMILANADO.**—Núñez.

**AMISTAD.**—Afecto puro, desinteresado que se profesan los Sres. Silvela y Romero, por fortuna del país. || *Amistad de yerno, sol en invierno:* dicese por el Sr. Vincenti. || *Hacer las amistades:* por lo que concluirán los generales arrestados, y si no, al tiempo, y no al de Rancés. || *Romper las amistades:* no logramos que lo haga Cánovas con su leal é idolatra lo compinche el tío Sam.

**ANMESIA.**—Falta de memoria. Enfermedad que suele padecer el Sr. Silvela cuando habla de elecciones.

**AMO.**—Aquí no hay más que uno, que no es preciso nombrar. || *Haz lo que tu amo te manda y sentárate con él á la mesa:* principio y regla de conducta de Morlesin. || *Ser el amo del catarro:* ahora no hay quien se lo dispute al diputado por Casto-era.

**AMODORAMIENTO.**—Situación á que ha llegado por fin D. Emilio Castelar, último lector de las obras de Castelar (D. Emilio).

**AMONAR.**—Eso quiere D. Venancio que haga D. Práxedes, antes que Canalejas se decida á echarse á la calle, ó Gamazo á lanzarse por esos trigos. Mal negocio, cuando empiezan los deslindes.

**AMOLADOR.**—Del asador de D. Antonio, el señor Silvela. De la espada de Bernardo, pariente de don Práxedes, el Sr. Canalejas. Del sable de Morgan... para éste hace falta un amolador con mejores piedras que el general Weyler. Y de otras varias espadas y sables, la Ordenanza.

**AMOLDARSE.**—Ajustarse á los moldes. Para que todos sean contrasentidos en este país, quien más se amolda es Feliú y Codina. ¡Cualquiera lo diría!

**AMONDONGADO.**—D. Venancio y sus similares.

**AMONESTACIÓN.**—Ya se han corrido todas entre la mayoría y Gálvez Holguín. Pronto se verificará el casorio, y todos serán unos.

**AMONICAL.**—Olor que en estos días se percibe en las inmediaciones del Congreso, nuevo palacio de necesidades conservadoras.

**AMONTONARSE.**—Lo que hace la gente en el Congreso desde que se representa el antiguo melodrama titulado *El señor Holguín ó la honradez.* ¡Éxito extraordinario! Créese que la obra alcanzará muchas representaciones y dará dinero.

**AMOR.**—Cifra, resumen y compendio del vivir para Linares Rivas. —Lo que lleva á Cánovas hacia el retiro. —Sentimiento extraño á Silvela. || *Al amor de le pumbre:* así escribe el Sr. Bustillo sus romances, aun-

que sea en verano: por eso le resultan churruscado, muchos piés. || *Amor de Máximo, coz y bocado:* ya lo saben eso en Cuba. || *Amor de Linares, que todo lo de, más es aire:* también lo saben ellas. || *De los amores, toros y cañas, y de los Cemborain España, las entradas si son gratis.* || *Amor de niño y crítica de Bustillos agua en cestillo.* || *En Amós y compañía buena vida se pasa:* refrán fusionista.

**AMORFO.**—Lo que no tiene forma: versos de Rueda. El calor se ha echado encima, y los sastres, zapateros, sombrereros y corbateros de Madrid no se dan punto de reposo sirviendo los pedidos que se han servido hacerles los amigos de Gedeón, y especialmente los pedidos de D. Narciso Campillo.

He aquí una lista de algunas compras y confecciones de la temporada.

## ROPA DE VERANO

**D. Antonio Cánovas.**—Aguarda á hacerse ropa para cuando venga su Taylor (*english spoken*), que se encuentra fuera.

**D. Práxedes M. Sagasta.**—Si puede remediarse con las reformas, no piensa hacerse nada nuevo.

**D. Francisco Silvela.**—No sabe qué hacerse.

**D. Alejandro Pidal.**—Ha estado varios días sin presidir las Cortes, aguardando á los ternos nuevos.

**D. Emilio Castelar.**—Una camisa de céfiro.

**D. Leopoldo Gálvez Holguín.**—Otra de cuello vuelto.

**El conde de Romanones.**—Unos puños.

**Linares Rivas.**—Un chaleco de piqué (pretérito perfecto).

**Carvajal.**—Un guarda-polvos.

**Canalejas.**—Peluca rubia y trenza gris.

**Navarro Reverter.**—Todo lo que exija la estación... del Norte y la del Mediodía.

**Las compañías de ferrocarriles.**—Mangas de jamón... sin mangas...

**El Marqués de Lema.**—Un viaje de gorra; digo, una gorra de viaje.

**El eterno Morgan.**—Dos sombreros de paja al día, uno á la hora de comer y otro á la de cenar.

**Beránger.**—La mar en calzoncillos; es decir, muchos calzoncillos.

**Weyler.**—Se ha mandado poner entorchados en el impermeable.

**Flores Garcia.**—Un *mac-ferland*. (Se lo pone, pero lo pronuncia).

**Urrecha.**—Un traje de jerga.

**Canga Arzobispo.**—Unos pantalones de cuadros vivos.

**Labra.**—Una americana negra.

**La Tabacalera.**—Un *smocking*.

**Eduardo Bustillo.**—Camisas y otros artículos de dormir.

**Pi y Margall.**—Una chaqueta nueva de otra vieja de Máximo Gómez.

**Morlesin.**—Los pantalones de Cánovas.



EL DIABLO COJUELO

## FERROCARRILERIAS



De la *retrechera* Francia  
vienen los oficios nobles,  
unos á afilar cuchillos,  
otros á *arreglar* lechones.

Silvela